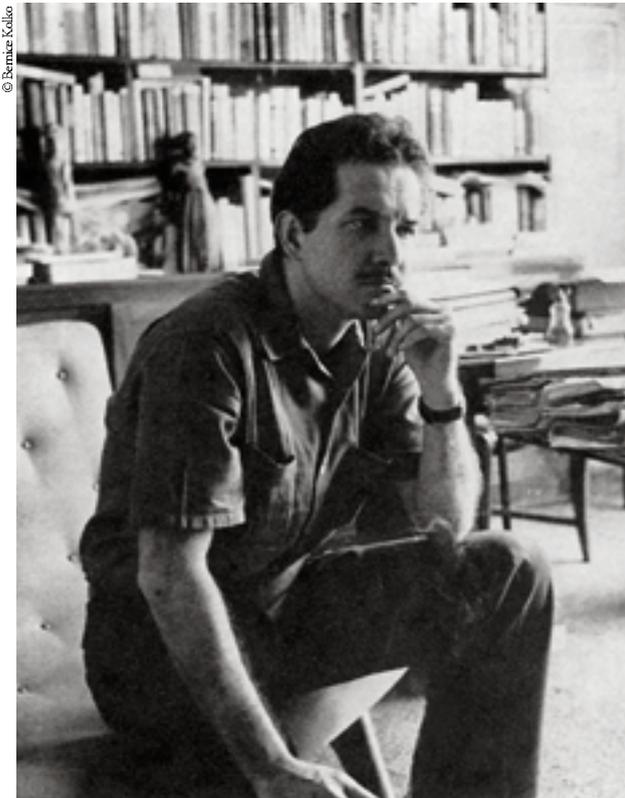


El eterno joven Carlos

Guadalupe Loaeza

Cuando Carlos Fuentes tenía veintiún años era un ávido lector, todo lo que le caía en las manos lo leía con verdadera obsesión. Para entonces ya había descubierto a Balzac, a Dickens, a Kafka, a Proust, a Huxley, a Cervantes y a un joven escritor argentino llamado Jorge Luis Borges. A pesar de que no dejaban de invitarlo a todas las fiestas organizadas por las embajadas y por los *trescientos* apellidos más importantes de la burguesía mexicana, sus intereses intelectuales iban más allá de la curiosidad intelectual de *la jeunesse dorée* mexicana para la cual el único sentido de la vida era la diversión. No es que Fuentes no se hubiera divertido, ni dejara de asistir a estas reuniones sociales, sino que a la vez que estudiaba su carrera de Derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia en San Ildefonso, se daba tiempo para enriquecer su cultura la cual tenía que ver con todo: con el teatro, con el cine, con la música, con la filosofía, con los ateneos literarios del momento, con la pintura y con la ciencia. A propósito de estos temas, afortunadamente, el joven escritor sí contaba con interlocutores de su misma calidad intelectual, como eran Jaime García Terrés, Enrique Creel, Elena Urrutia, Celia Chávez, Gloria Fiegrist, Eugenia Caso y Esperanza y Celia Terrés. Con ellos precisamente formó parte de un grupo teatral, el cual tenía costumbre de reunirse todos los sábados en casa de los Fournier. El director era Salvador Novo. El día en que no había ensayo, el grupo leía obras de autores modernos, poesía y de los últimos libros que se acababan de publicar. Otro de los grupos literarios sabatinos, a los que asistía Fuentes, era el que se reunía en el IFAL, junto con Emilio Carballido, Enrique González Casanova, Rafael Corrales y Luis Rius entre muchos otros. Por añadidura era el discípulo consentido de don Manuel Pedroso, el gran intelectual y maestro de teoría general del Estado y de Derecho Internacional Público y ex rector de la Universidad de Sevilla, antes del franquismo. Junto con mu-

chos jóvenes, Carlos Fuentes también iba a su departamento de Río Amazonas 74, en donde se pasaba horas discutiendo con el gran maestro sobre Los Enciclopedistas y los filósofos españoles. Seguramente también hablaban de mujeres ya que el catedrático era conocido por coqueto. No en balde fue bautizado por algunas de sus estudiantes como el “tocador de damas”. Igualmente “Carlitos”, como le decían, era parte de una agrupación fundada por el pintor Fito Best, bautizada con el nombre de “El basfumismo”. Pero así como se pasaba horas discutiendo con Ernesto de la Peña acerca de Hegel y de Kant, también pensaba en qué disfraz ponerse para el baile de fachas en la embajada de Paraguay. Para esa ocasión uno de los columnistas de Sociales más famoso de la época escribió en su columna: “Hacía mucho tiempo que no asistíamos a una fiesta tan alegre y de tanto colorido como la ofrecida por el ilustre doctor Fermín Dos Santos el miércoles pasado. El anfitrión llevaba el atavío que hiciera famoso al torero Mazzantini. También de ‘fachas’ estaba Carlitos Fuentes, quien con la sola ayuda de una media de nylon logró convertirse en ‘Cuasimodo’. Es cierto que no se parecía mucho al jorobado de Nuestra Señora de París. Afortunadamente él no es tan feo como el personaje de Victor Hugo. Esmeralda esta vez era Susana Oneto. La argentina Cuca de Martínez Teddy logró el primer premio con su traje de china poblana. Del harem de un Alí Kahn cualquiera, brotó la ravisante hija del embajador de China, May-ling. Estaba disfrazada de odalisca cubierta por una tenue tela de gasa. Sus eternas uñas largas pintadas de blanco nacarado (barníz que manda traer directamente desde China) que hacían juego con el enorme tacón de sus zapatos y sus ojos rasgados la delataban. Max Gómez mostraba sus esplendorosas pantorrillas, propias de un pirata tuerto. También con las rodillas al aire, Martha Roth pero en postal acapulqueña. El que estaba casi desnudo era el



© Bernar Kollin

cónsul uruguayo. En cambio, el duque de Otranto, vestido como ‘Escorpión el Africano’. Pero el traje más original, aparte del de Carlitos, fue el de mi general Ríos Zertuche. Iba de ‘civil’. Nadie lo reconocía”.

Si en algo era experto el joven intelectual era precisamente en detectar los “deliciosos secretos” de las mujeres. Como dice él mismo ya mayor: “Creo en mujeres. Con sexo. Con nombre. Con biografía. Con experiencia. Con destino”. A los nueve años Carlos empezó a sentirse atraído por sus compañeritas de escuela en Washington, sobre todo por una que tenía unas pecas adorables. A los doce, se había enamorado, por primera vez, del fleco de una pequeña. A los quince, había cortejado a una actriz. A los dieciocho, conocía todos los burdeles de la Ciudad de México. Y a los veinte ya se había graduado como un espléndido amante. En su larga lista de amores físicos y espirituales se encontraban nombres de actrices, de niñas bien, de mujeres casadas y de hijas de embajadores. Desde que era muy pequeño fue sensible a la belleza. A propósito de este tema que siempre lo obsesionó, muchos años después escribió en el libro *En esto creo* (Editorial Seix Barral): “La belleza sólo le

pertenece al que la entiende, no al que la tiene. La belleza no es más que la verdad de cada uno de nosotros. La verdad y la belleza de los cuerpos pero también de los juegos, de los sueños, de la solidaridad, de la atención que le ponemos a las cosas y a los seres, de la comida y la bebida, del poema y del canto, de la memoria y de la imaginación, la belleza de la naturaleza, de la muerte y del misterio, del día y de la noche”.

Carlos Fuentes nos describe en su libro arriba mencionado el México de los cuarenta como un páramo sexual para el adolescente. Nos describe a las “noviecitas santas” quienes solían entrelazar sus manos sudorosas de torta compuesta, a las de su novio en el cine. Pero tal vez lo que llamaba más la atención a los adolescentes eran los burdeles mexicanos: “Eran excitantes, extravagantes, melancólicos y de variada pelambre. La mayoría de las pupilas eran muchachas humildes llegadas a la capital o reclutadas en los barrios pobres, pero educadas para decir, invariablemente, ‘soy de Guadalajara’, como si provenir de la capital de Jalisco diese un particular caché a la profesión más vieja del mundo”. Más que a “México de Noche”, nuestro autor ha sido fiel a lo que aprendió de joven, es decir, a las lecciones de Simone Weil, la filósofa judeo-francesa. Desde que leyó su maravilloso ensayo, *La Iliada, poema del poder*, se aprendió de memoria: “Nada está a salvo del destino. Nunca admires al poder, ni odies al enemigo, ni desprecies al que sufre”.

Hoy por hoy Carlos Fuentes, quien el 11 de noviembre cumplió ochenta años, es un hombre joven, muy joven. ¿Por qué? Porque no ha perdido ni un ápice de su curiosidad intelectual, porque le siguen gustando las fiestas de disfraces, porque es un apasionado del cine, porque es buen amigo, porque sigue publicando libros, porque constantemente se acuerda de las enseñanzas de sus padres y abuelos, porque disfruta del éxito sin dejar de reconocer el talento de los demás y porque está enamorado de la vida, pero sobre todo de Silvia, como insiste en dejar testimonio en su obra autobiográfica. Escuchemos hablar a un hombre enamorado:

Silvia, la primera y la última..., la única mujer que he querido para siempre... ellas [las mujeres que ha conocido] son las estrellas. Silvia es la galaxia misma... Ella lo contiene todo, el placer erótico pero también el simple placer de estar juntos. La alegría de tener hijos. La pena de perderlos. La comunión de la memoria.

Carlos Fuentes sigue siendo joven porque no ha perdido ni un ápice de su curiosidad.